

El Tozal de Guara

Una montaña poco conocida

TXOMIN GOÑI



Entorno y situación geográfica

Hay sierras que atraen al montañero y gozan de gran popularidad por sus montañas de gran altura, otras en cambio por su dificultad y unas terceras por la belleza de sus cañones o desfiladeros, convirtiéndose en las ramas, bellas ramas, que nos impiden muchas veces contemplar la belleza del conjunto del bosque (léase sierra).

La sierra de Guara es un claro ejemplo de lo anteriormente expuesto al ser, casi exclusivamente, conocida por sus cañones.

Guara es otra entre las muchas riquezas de belleza natural que posee la provincia de Huesca. Constituye el más meridional de los sistemas pre-pirenaicos, que de Este a Oeste se extiende al Norte de la capital oscense.

La vegetación que cubre los barrancos y laderas es la representativa del bosque mediterráneo. El manto vegetal hasta una altura media de unos 1.800 m es tupido y cerrado, resultando penoso el tránsito de algunos recorridos por la sierra.

Es posible también encontrar en determinados lugares —generalmente zonas próximas a los pueblos altos de la sierra— pastizales y parcelas de labor en la actualidad prácticamente abandonadas.

En los tramos arcillosos, blandos y húmedos, junto a las riberas o bordes de torrentes, o en el fondo de los barrancos se marcan claramente y en gran cantidad las huellas del jabalí, especie muy abundante, que encuentra en estos parajes su hábitat idóneo.

Característica peculiar del paisaje de Guara la constituyen, como ya se ha indicado, los cañones, profundos tajos tallados por el agua al abrirse paso entre las calizas de la sierra, formando unos cauces encajonados entre escarpados y verticales cantiles, destacando por su atractiva y singular belleza los de Mascún y Vero.

El descenso de estos angostos cañones se ha popularizado de unos años a esta parte. Así han ido apareciendo algunos artículos e incluso documentales sobre esta modalidad de recorridos característicos de la zona. Entre tanto, otros itinerarios o travesías no gozan del mismo refrendo popular, resultando un tanto ignorados pese a su interés y dureza, ya que también en ocasiones comportan tramos entre gargantas y barrancos donde hay que caminar sorteando los cursos de agua.

La Peña o Tozal de Guara con sus 2.077 m es la máxima elevación de la sierra, superando en varios cientos de metros al resto de las cotas del conjunto, de las que sobresale y destaca, reconociéndose y haciéndose visible desde una vasta extensión al Sur de la cadena.

Caminando hacia la cumbre

La aproximación más lógica por carretera asfaltada resulta la que finaliza en el embalse de Vadiello, existiendo no obstante la posibilidad de acercarse aún más a las laderas de esta montaña, mediante una red de pistas

no siempre aconsejables para vehículos de tipo turismo.

Al embalse se llega desde la carretera Huesca-Barbastro, tomando un desvío a la izquierda a poco de superar el alto de Estrecho Quinto, prosiguiendo después hasta Loporzano y continuando se alcanza el pantano tras haber dejado a la izquierda, sobre un alto, el pueblo de Santa Eulalia la Mayor.

En Vadiello iniciamos el camino hacia la cumbre por el itinerario clásico desde el Sur, que consiste básicamente en remontar el barranco de Calcón.

Tras cruzar el dique del pantano y admirar esta obra de ingeniería, tomamos un ancho camino que circundando el embalse nos dirige al NE. y desde el que se contempla la belleza de los Mallos de Ligüerri en todo su esplendor, cuyas verticales paredes descienden hasta las aguas de Vadiello.

Alcanzamos un pequeño refugio forestal desde donde el camino inicia una marcada subida. Pronto dominamos, recogido al amparo de un roquedo en el fondo del barranco, las edificaciones de San Cosme.

Al final de la pendiente el camino entronca con la pista que, por la Tejería y desde el pueblo de Aguas, conduce a San Cosme; proseguimos en dirección a éste último. Por encima del paredón que abriga al monasterio se avista el esférico monolito conocido por el Huevo de San Cosme.

Como a una hora de marcha hemos alcanzado el alto de la Carrasca. Hay que prestar especial atención a este paraje raso rematado por una solitaria encina, de la que

Llegando a los Huertos de La Fabana.

trcho sendero y serpentea flanqueado por boj es y maleza dirigiéndonos a un obligado paso formado por verticales paredes.

Entramos en las gargantas y caminamos por el cauce del torrente saltando de piedra en piedra, pasando sucesivamente de una margen a otra del riachuelo, sorteando badinas y remansos de agua. Encontramos en este tramo —margen derecha según el sentido de la marcha, izquierda orográfica— una amplia cavidad propia para vivaquear cómodamente varias personas (4 ó 5).

Tras las gargantas abandonamos el curso de estas cristalinas aguas ganando altura rápidamente por el bosque en pronunciado zig-zag hasta situarnos sobre el herboso collado de Castellones, el cual se identifica claramente por presentarse despoblado de vegetación y maleza, así como por dar paso a una serie de pequeños collados que en la zona denominan «mallatas» y que vamos alcanzando uno tras otro.

Se alcanza el arroyo del Chinebro y abandonando el camino que lleva al puerto de Guara, seguimos remontando la regata. Este

es otro punto delicado de la ascensión, aunque se encuentra perfectamente señalado (escrito en rojo y cairns).

A los pocos metros abandonamos de nuevo el arroyo, cruzándonos al lado izquierdo y acometiendo una pronunciada pendiente entre espesa vegetación de boj es, enebros y pinos que ocultan prácticamente un sendero que más parece senda de jabalí, señalado oportuna y afortunadamente por pequeños cairns.

Culmina la pendiente en un amplio rellano, libre de arbolado, y cuyo piso de pastizal se encuentra parcialmente cubierto de enebros; es el Llano de los Hongos, lugar idóneo para tomarnos un respiro; en sus proximidades se encuentra la fuente del Chinebro.

Desde aquí y tras superar un visible collado en dirección NE, se puede alcanzar la parte superior de la Canal del Abadejo y situarse bajo el cono terminal de Peña Guara.

Después de reponer fuerzas reemprendemos la marcha en pos de la cumbre. Caminamos de nuevo entre estrechos y escondidos senderos procurando no perder la señalización. La pendiente ahora es un tanto más moderada y en breve nos situamos

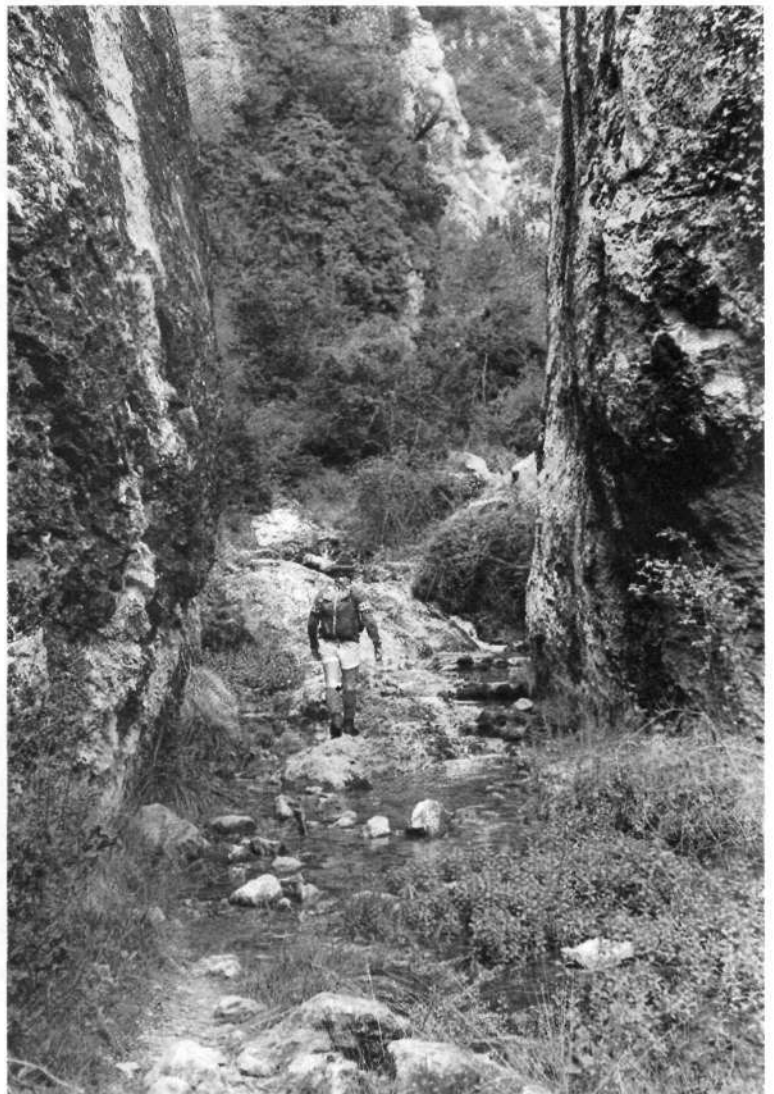
recibe el nombre. Tomando la mencionada encina como referencia, y por la derecha, tendremos que localizar un estrecho sendero que se adentra entre los boj es y cuyo inicio está señalado por un cairn. El sendero entre espesa vegetación nos conduce al fondo de un barranco, cruza el cauce seco del torrente y remonta por la orilla opuesta hasta alcanzar una zona despejada denominada Huertos de La Fabana.

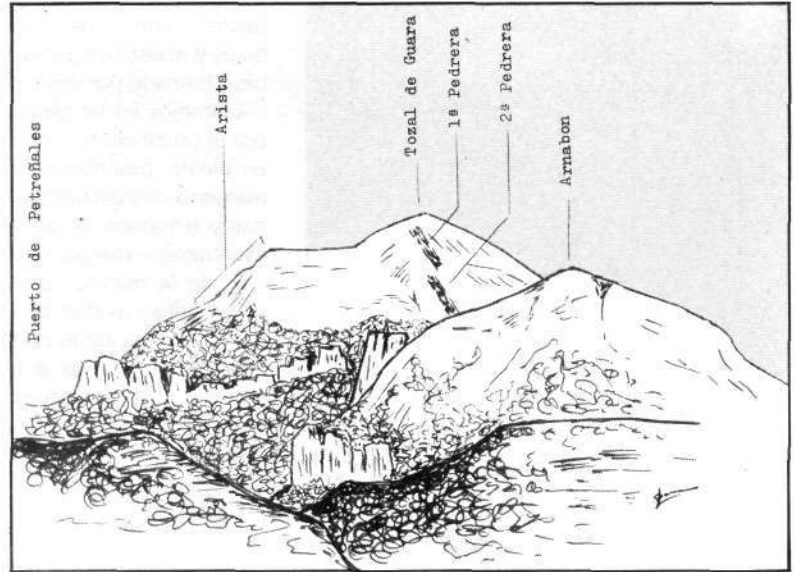
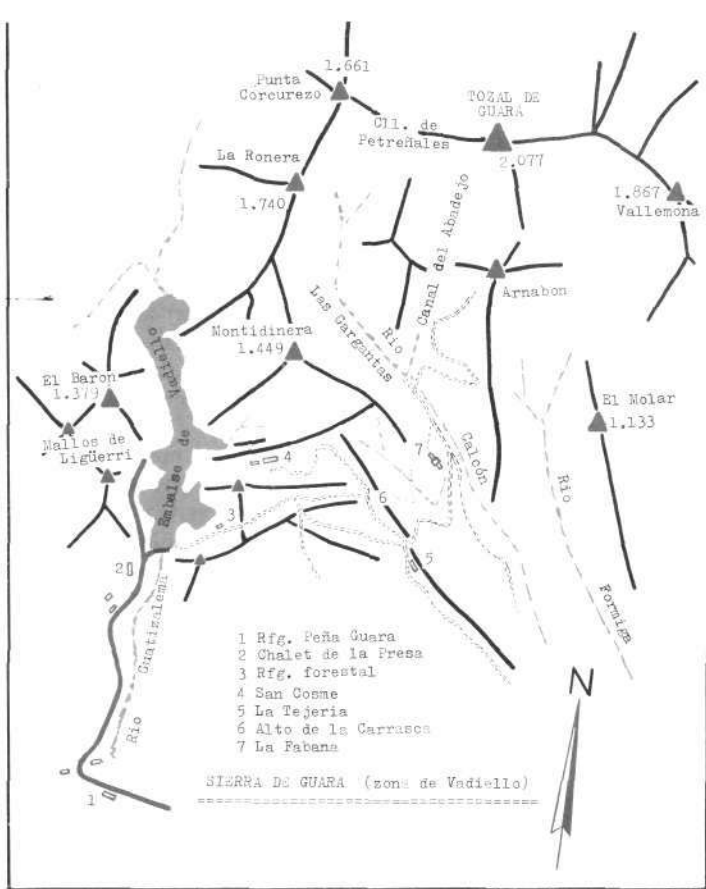
Los huertos de antaño ofrecen un notorio abandono al igual que la casa Fabana situada tras las piezas. Este ruinoso y singular edificio mezcla de ermita románica y venta o casa de postas (siglo XII) conserva el ábside románico y una torre con ventanales ajimezados, actualmente semicegados. Situada estratégicamente junto al antiguo camino de Aguas a Nocito, próximo al paso de Petreñales o Puerto de Guara e hito relevante en la ruta de la sal y el aceite, nos habla de su antigua importancia en contraste con su actual estado, pese a lo cual su galaña y altiva presencia nos lleva a dedicarle una visita y alguna que otra foto.

Dejamos atrás este bucólico paraje y pocos minutos después —a la hora y media de nuestra partida— nos situamos junto a las aguas del río Calcón. Frente a nosotros se abre la Canal del Abadejo, ruta directa a la cumbre, que se ve al fondo, cerrando esta garganta. Desechamos este itinerario pues lo reservamos para el descenso.

Siguiendo el cauce del río aguas arriba el valle se cierra repentinamente, en tanto que el empujó camino se torna de nuevo en es-

Entrando a las Gargantas de Calcón.





Remontando el torrente de Calcon.



en el filo de una arista. Al otro lado aparece el pueblo de Nocito y, tras él, la niebla como infinito telón de fondo.

La arista, en la que se alterna el roquedo con el boj y los pinos, nos conduce por corta pendiente a las zonas altas (1.700 m) libres de vegetación y donde la caliza en resaltes y cascajeras se hace presente de forma única.

En una componente E. remontamos con fuerte desnivel la ladera siguiendo los cairns sobre incómodos canchales, parando de vez en cuando para recobrar el aliento con la excusa de recoger algunos de los fósiles que en forma de círculos o de pequeños granos de trigo se encuentran en abundancia adheridos a las piedras.

Según nos acercamos a la arista cimera la pendiente va cediendo y el final se adivina próximo. De repente a unos pocos metros se destaca un pequeño monumento de piedras rematado por una cruz de hierro. Estamos en la cumbre del Tozal de Guara.

La inestabilidad atmosférica con sus brumas y nieblas nos impide gozar de unas panorámicas que a todas se adivinan soberbias, pues no en vano nos hemos aupado sobre la más elevada atalaya en mucho metros a la redonda. Nos sentimos consternados y totalmente defraudados. Después de tan dura ascensión—5 horas y media—sobre la cumbre, alejados del mundo y ateridos de frío sólo conseguimos ver la inclinada cara Norte del pico, tapizada del blanco manto del todavía reciente invierno, y al pie de esta enorme pala, el barranco de La Pilleira y los pueblos de Nocito, Bentue y Used, difuminados en el gris del fondo. Permanecemos en la cumbre el tiempo justo para tomar un tenteempié y sacar dos o tres fotografías, pues la mala visibilidad y la baja temperatura no invitan a entretenernos demasiado en la montaña.



Fotos José Sarragua

Alcanzando
la cumbre.

Rápido y penoso regreso

Desandando algunos metros por la arista alcanzamos la pedrera inicial de la Canal del Abadejo precipitándonos sobre el cascajo. Al finalizar este primer tramo de pedriza, nos desplegamos algunos metros a la derecha (en el sentido del descenso) hasta el inicio de un segundo tramo de cascajera por el que nos deslizamos perdiendo altura rápidamente, y a cuyo final hemos descendido unos 600 metros de desnivel en tan sólo veinte minutos.

Según nos contarían después, en las excursiones colectivas que a esta cumbre organiza el Club Peña Guara de Huesca, recomienda la no utilización de este itinerario pues las pedreras, cada vez más, van perdiendo la piedra fina y tienden a desaparecer. Además en estas ocasiones procuran que en los descensos se baje en grupos reducidos y a ciertos intervalos, a fin de evitar posibles accidentes y un mayor deterioro de la pedrera.

Finalizan las cascajeras frente a un alto y solitario pino tras el que se inicia una torrentera. Siguiendo por ella nos introducimos de nuevo en espesa vegetación. Por el cauce del torrente se desciende con mayor facilidad... que por la senda que poco más adelante nos vemos obligados a tomar (lado derecho de la marcha).

El sendero avanza entre tupida foresta hasta el extremo de hacernos pensar en algún momento que hemos perdido el camino, pero la verdad es que no hay otro y de vez en cuando aparece alguna que otra marca. Abriéndonos paso entre la vegetación descendemos a una zona más amplia y despejada bajo unos paredones calizos de vivos colores rojos y grises alrededor de los cuales, por encima de sus altas crestas, media docena de buitres planean majestuosos describiendo amplios círculos y observando nuestro paso por sus feudos.

Con el cansancio acumulado, las piernas arañadas por la maleza y recordando que aún tendremos que remontar hasta el alto de



la Carrasca no podemos por menos que envidiar a estos pajarracos y su facilidad para desplazarse sin mayor esfuerzo; y además... las aéreas perspectivas que deben contemplar... ¡jjo, qué envidia! pero bueno, «c'est la vie»... Ellos sin embargo no se deleitarán con una fresca y espumosa cerveza al fin de la excursión; alguna ventaja debemos de tener, me digo, para resignarnos más fácilmente.

Una serie de cairns nos conducen hasta una pista por la que descendemos. Al poco, junto a una curva y por la izquierda, un sendero o alcorce —como en Aragón llaman a los atajos— nos brinda la posibilidad de evitar el largo trazado de la pista y descender rápida y directamente hasta la ribera del río Calcón en las inmediaciones de los Huertos de La Fabana, lugar en el que entroncamos con el camino que nos ha de conducir al alto de La Carrasca y por el que habíamos llegado unas horas antes. Ya sólo nos resta

descender a Vadiello para dar por finalizada la caminata.

No obstante en el regreso, bajando ya hacia el refugio forestal, hacemos una corta parada para observar un sencillo oratorio que preside una pequeña campa a la derecha del camino. Los aromas de tomillo, espliego y romero hacen aún si cabe más agradable el lugar, pese a que la desidia humana con su abandono de latas, plásticos y basuras se empeñe en lo contrario.

Por fin hemos llegado de nuevo el coche. Pensamos que pronto disfrutaremos de una abundante y merecida merienda-cena, pero antes en un recodo de la carretera, a orillas del río Guatzalema aseamos nuestros sudados cuerpos y nos cambiamos de ropa.

Ahora, como cualquier turista de turno, nos dedicamos a recorrer los pueblos de la zona en busca de un bar donde poder saciar nuestro apetito.